

“Lo esencial es la contingencia”

Ontología y literatura en *La náusea*

Maximiliano Cladakis
UNSAM-CONICET

Fecha de recepción: 26/11/2019
Fecha de aceptación: 01/12/2019

Referencia: Cladakis, M., (2019), “Lo esencial es la contingencia. Ontología y literatura en *La náusea*”. En *Revista filosófica Symploké*, n. 11, pp. 40-45.

Resumen

El objetivo de nuestro trabajo es abordar la forma en la que *La náusea* nos presenta la formulación de una ontología de la contingencia. Partiendo de la tesis de que las obras filosóficas y literarias de Sartre no sólo corren de manera paralela, sino también complementaria, destacaremos la forma en que las aventuras y desventuras de Antoine Ronquentin (protagonista de la novela) expresan la dramatización de una fuerte apuesta filosófica por parte de Sartre.

Palabras clave: Sartre, Ontología, Contingencia, Literatura, Descartes.

Abstract

The objective of our work is to address the way in which *Nausea* presents us with the formulation of a contingency ontology. Starting from the thesis that Sartre's philosophical and literary works not only run in parallel, but also complementary, we will highlight the way in which the adventures and misadventures of Antoine Ronquentin (protagonist of the novel) express the dramatization of a strong philosophical commitment by Sartre.

Keywords: Sartre, Ontology, Contingency, Literature, Descartes.

Introducción

La náusea ha sido presentada, más de una vez, como una “novela filosófica”. La afirmación no carece de sentido. Por un lado, el “tema” de *La náusea* es un tema esencialmente filosófico, explícitamente filosófico podríamos decir, a tal punto que uno de sus títulos tentativos era *Factum sobre la contingencia*. Por otro lado, la novela implica, entre otras cosas, la dramatización de varias de las tesis que Sartre expondrá en su obra filosófica. No es nada novedoso afirmar el vínculo intrínseco entre literatura y filosofía en el *corpus* sartreano, el propio Sartre afirmará que su objetivo era ser, al mismo tiempo, Voltaire y Stendhal.

En este aspecto, resulta notoria la forma en que Sartre pone en escena, bajo la forma del drama individual, varias de las tesis aparecidas en *La trascendencia del ego* y en *El ser y la nada*. No es difícil descubrir que lo presentado como el *pathos* de un personaje ficticio es el correlato dramático de las tesis presentadas en sus obras filosóficas. Las aventuras y desventuras de Ronquentin pueden ser leídas sin dificultad como la “encarnación” de las críticas al cartesianismo, a las filosofías de la reflexión y a la metafísica tradicional

Partiendo, entonces, de la base del correlato existente entre la literatura y la filosofía sartreanas, nuestro objetivo, en las siguientes páginas, será abordar la forma en que la novela abre la posibilidad de pensar una ontología de la contingencia. En este punto, a lo largo de nuestra exposición nos centraremos, precisamente, en la oposición que aparece en la propia novela entre una ontología de la contingencia y la metafísica de la necesidad, y el lugar que ocupan sentimiento y reflexión en cada una de ellas.

Cogito cartesiano y cogito sartreano

El cartesianismo y el anti-cartesianismo de Sartre han sido siempre objetos de debates y controversias dentro de los estudios sartreanos, a tal punto que el autor de *El ser y la nada* ha sido considerado tanto un férreo cartesiano como un férreo anti-cartesiano. Con todo, no caben dudas de que Descartes ha sido una de las principales referencias en su trayectoria filosófica. Sin embargo, cuando hablamos de referencias filosóficas en Sartre, nos encontramos con un doble juego en donde la exposición y acuerdo con los autores conllevan a la crítica de varias de las tesis de dichos autores. Esto no se limita en lo más mínimo al caso de Descartes, sino que se extiende a todos aquellos que han sido referentes indudables en la formación del pensamiento sartreano, tales como Husserl, Heidegger, Hegel y Marx.

En el caso de *La Nausea* no es difícil descubrir que, precisamente, Descartes es una de las referencias filosóficas fundamentales de Sartre. Tanto Jacques Deguy, en su comentario a la novela, como Vincent de Coorebyter en el artículo “La pequeña Lucienne y el jardín público: la subversión del *cogito* en *La náusea*” (2002: 91-101) señalan el paralelismo estructural entre *La náusea* y el formato de exposición empleado por Descartes en el *Discurso del método* y las *Meditaciones metafísicas*. Precisamente, ambos autores hacen hincapié en la afirmación realizada por el protagonista de la novela, Antoine Ronquentin: “cuando tenía veintidós años, me emborrachaba y en seguida explicaba que yo era un tipo de la clase de Descartes” (Sartre, 1982: 70).

Ronquentin, al igual que Descartes, es un viajero, alguien sin un arraigo establecido, que se dedica a la vida intelectual y que vive de rentas. Así también, nos encontramos con que el formato literario de “diario íntimo” empleado en la novela, guarda correspondencia con el formato empleado por Descartes en ambas obras. Tanto *La náusea* como el *Discurso* y las *Meditaciones* nos exponen el desenvolvimiento de una subjetividad que se expresa en primera persona y que a partir de esa primera persona piensa al mundo y a los otros. Esa subjetividad, a su vez, es la que intenta dar cuenta de una verdad cuya validez sea universal. Coorebyter señala: “sobre todo, ellos utilizan el “yo”, más que para ofrecerse al término de un recorrido personal marcado por la duda, para dar cuenta de una verdad metafísica válida para todos: en uno como en otro los eventos se entretajan con razonamientos, el discurso de la verdad corona su devenir” (2002: 92).

Sin embargo, dicho paralelismo implica, por su parte, una corrosiva crítica al pensamiento cartesiano por parte de Sartre. Deguy sostiene que “el método cartesiano es aplicado a una iniciación que no tiene nada de cartesiana” (1993: 56). Si bien, como señalamos en el párrafo anterior, tanto *La náusea* como el *Discurso* y las *Meditaciones* nos colocan frente al despliegue de un *cógito* a partir del cual se intentará fundar una verdad válida para todos, hay una diferencia fundamental con respecto al sentido que tendrá el *cógito* y con respecto al sentido que tendrá la verdad fundamentada en ese *cógito*. En efecto, teniendo en consideración que *La náusea* significa, entre otras cosas, la “encarnación” literaria de la apuesta filosófica sartreana, nos encontramos con el hecho de que, por un lado, al igual que en Descartes, el pensamiento de Sartre toma al *cógito* como punto de partida metodológico, pero por otro, el *cógito* sartreano y el *cógito* cartesiano difieren de manera radical.

En *El existencialismo es un humanismo* Sartre afirma: “en el punto de partida no puede haber otra verdad que esta: pienso, luego soy; esta es la verdad absoluta de la conciencia captándose a sí misma” (1947: 31). Sin embargo, tanto el acto de pensar como la autocaptación de la conciencia encuentran en Sartre sentidos muy distintos a los que estas cuestiones encuentran en Descartes. En este aspecto, *La náusea* es un claro ejemplo de ello. Si en Descartes el *cogito ergo sum* significa la primera afirmación “clara y distinta” sobre la que luego se edificará el edificio del saber, en la novela la afirmación del propio pensamiento se encuentra enturbiada, sumergida en una existencia que se impone y que no puede separarse de un mundo repleto de cosas que me invade a cada instante. Como señala Coorebyter, la dramatización de la tesis sartreana encuentra en el episodio de la pequeña Lucienne uno de sus más altos grados de expresión.

La casa surge, existe frente a mí; camino a lo largo de la pared; existo a lo largo de la pared, existo frente a la pared, un paso, el muro existe frente a mí, uno, dos, detrás de mí, el muro está detrás de mí (...), los dedos de la niña a la que estaban estrangulando, innoble individuo, (...) la existencia es blanda y rueda y se zarandea, yo me zarandeo entre las casas, soy, existo, pienso, luego me zarandeo, soy, la existencia es una caída acabada, no caerá, caerá, el dedo rasca en un tragaluz, la existencia es una imperfección(Sartre, 1982: 117).

Ronquentin no puede sustraerse del mundo. Sus pensamientos no son ni “claros”, ni “distintos”, sino que, muy por el contrario, se entretajan con la casa que está en frente, con la pared que está al lado, con la imagen de la niña violada, con la sangre que siente latir en sus venas. Precisamente, esta escena dramatiza a la perfección la tesis sartreana acerca del *cógito* prerreflexivo en contraposición al *cógito* reflexivo cartesiano. Desde *La trascendencia del ego* a *El ser y la nada* (e incluso, podemos decir en la *Crítica de la razón dialéctica*), Sartre sostendrá al *cógito* prerreflexivo como la instancia originaria sobre la que se funda el *cógito* cartesiano. A diferencia de este, el *cogito* sartreano se encuentra volcado siempre al mundo, entregado a él, rodeado por las cosas, en una relación constante con los objetos de la que sólo es posible abstraerse por un proceso reflexivo, pero que, como tal, se funda en la relación originaria del hombre con el mundo.

El cuerpo como facticidad

Coorebyter sostiene que uno de los primeros indicios para comprender el *cógito* que se hace patente en *La náusea* lo da el término “sentir”. Precisamente la existencia se le revela a Ronquentin a partir de un “sentimiento de existencia”. La confirmación de la propia existencia, por lo tanto, no se da a partir de un proceso reflexivo que conduce a una verdad apodíctica. En este sentido, podemos encontrar un notable correlato con la crítica que Sartre realiza en *El ser y la nada* al intento cartesiano de comprobar la propia existencia: “(...) Descartes no ha probado su propia existencia. Pues, en efecto, yo siempre he sabido que existía, no he cesado jamás de practicar el *cógito*” (Sartre, 2008: 2079). De esta misma manera, el sentimiento de existencia se nos presenta en la novela como una experiencia totalizadora que acompaña a Ronquentin en todo momento y de la que le resulta imposible librarse.

En este aspecto, la vivencia del cuerpo propio constituye uno de los elementos fundamentales

por el cual se constata a cada momento la propia existencia.

Veo mi mano que se extiende en la mesa. Vive, soy yo. Se abre. Los dedos se despliegan y apuntan. Está apoyada en el dorso. Me muestra su vientre gordo. Parece un animal boca arriba. Los dedos son las patas. Me divierto haciéndolos mover muy rápidamente, como las patas de un cangrejo que ha caído de espaldas. El cangrejo está muerto, las patas se encogen, se doblan sobre el vientre de mi mano. Veo las uñas, la única cosa que no vive. Y de nuevo. Mi mano se vuelve, se extiende boca abajo, me ofrece ahora el dorso. Un dorso plateado, un poco brillante, como un pez si no fuera por los pelos rojos en el nacimiento de las falanges. Siento mi mano. Yo soy esos dos animales que se agitan en el extremo de mis brazos. Mi mano rasca una de sus patas con la uña de la otra pata; siento su peso sobre la mesa, que no es yo. Esta impresión de peso es larga, larga, no termina nunca. No hay razón para que termine. Al final es intolerable... retiro la mano, la meto en el bolsillo; la dejo colgando contra el respaldo de la silla. Ahora siento su peso en el extremo de mi brazo. Tira un poco, apenas, muellemente, suavemente; existe. No insisto; dondequiera que la meta continuará existiendo y yo continuaré sintiendo que existe; no puedo suprimirla ni suprimir el resto de mi cuerpo, el calor húmedo que ensucia mi camisa, ni toda esta grasa cálida que gira perezosamente como si la revolvieran con la cuchara, ni todas las sensaciones que se pasean aquí dentro, que van y vienen, suben desde mi costado hasta la axila, o bien vegetan dulcemente, de la mañana a la noche, en su rincón habitua (Sartre, 1982: 117).

El párrafo citado expresa dos elementos claves con respecto a la concepción sartreana del cuerpo que será luego sistematizada en *El ser y la nada*. Por un lado, la manera en que Ronquentin “siente” su cuerpo, le revela a este el carácter contradictorio de su propia existencia, en la cual se entrecruzan la contingencia y la necesidad. A lo largo de la obra, Ronquentin repite más de una vez que se sabe “sin derecho” a existir. Esta existencia “sin derecho” pone de manifiesta su contingencia originaria. Sin embargo, al existir, es necesario que sea él mismo su cuerpo, que no pueda librarse de él, que esté atrapado en ese “ahí” que es él mismo. Precisamente, en la obra de 1943, en el apartado sobre el “cuerpo para-sí”, Sartre señala que el cuerpo revela la condición de “ser situado” como una necesidad ontológica del para-sí. Esta necesidad, por su parte, surge de dos contingencias: la contingencia de que el para-sí sea y la contingencia de que sea en uno u otro “ahí”. Por otro lado, el párrafo expresa de manera clara, la irresoluble oposición entre el cuerpo para-sí y el cuerpo para-otro. Ronquentin, en un momento, ve su mano como si se tratase de un cangrejo y sus dedos las patas de dicho animal. Es decir, la mano se le vuelve un objeto, algo que no es él, algo que ocupa un lugar en el espacio junto a otros objetos. Sin embargo, también siente que existe, que esa mano es él, la existencia de su mano es su propia existencia, algo de lo que no puede librarse como si puede hacerlo con cualquier otro objeto.

Una ontología de la contingencia

Deguy observa que la trama de *La náusea* tiene una estructura policial. En efecto, los ataques que padece Ronquentin, a los que él mismo denomina como “la náusea”, se presentan como el misterio a resolver que atravesará la obra. La novela guarda, en este sentido, un ritmo progresivo, a lo largo del desarrollo se irán dando pistas, la descripción del día domingo en la ciudad de Bouville y la escena del museo son ejemplos de lo dicho. El *climax* llegará con el episodio del jardín público, episodio en el que se desvelará el misterio y en el que las causas de la náusea quedarán al descubierto. “Lo esencial es la contingencia”(Sartre, 1982: 148), dice Ronquentin, desvelando de esta manera el gran misterio. Se trata de una afirmación ontológica que se contrapone con la afirmación del ser necesario cartesiano. Sin embargo, se trata de una doble oposición ya que la afirmación de la contingencia no sólo es contrapuesta a la afirmación de la necesidad en tanto contenido, sino también en tanto metodología.

Cuando escribe en su diario la frase mencionada, Ronquentin advierte que en el momento de

la revelación esas palabras no existían, que, incluso, toda palabra sobraba. La revelación de lo absurdo de la existencia se le presentó, pues, en una dimensión prejudicativa.

La palabra Absurdo nace ahora de mi pluma; hace un rato, en el jardín, no la encontré, pero tampoco la buscaba, no tenía necesidad de ella; pensaba sin palabras, *en* las cosas, *con* las cosas. El absurdo no era una idea en mi cabeza, ni un hálito de voz, sino aquella larga serpiente muerta a mis pies, aquella serpiente de madera. Serpiente o garra o raíz o garfas de buitre, poco importa. Y sin formular nada claramente, comprendía que había encontrado la clave de la Existencia, la clave de mis Náuseas, de mi propia vida. En realidad, todo lo que pude comprender después se reduce a este absurdo fundamental. Absurdo: una palabra más; me debato con palabras; allá tocaba la cosa (Sartre, 1982: 146).

Se trata de una experiencia que atraviesa la existencia total de Ronquentin. Precisamente, dicha experiencia será el fundamento de la afirmación posterior acerca del carácter esencial de la contingencia. Esta verdad ontológica no se revela a partir de un acto reflexivo, es decir, el acto reflexivo no es fundante, sino que es un acontecimiento fundado en una instancia originaria, previa a todo juicio y a toda reflexión. Esta instancia prejudicativa, por su parte, no revela un carácter particular de un fenómeno particular. El Absurdo al que se refiere Ronquentin, por el contrario, se presenta como una estructura universal y totalizadora. “Los discursos de un loco, por ejemplo, son absurdos con respecto a la situación en que se encuentra, pero no con respecto a su delirio. Pero yo, hace un rato, tuve la experiencia de lo absoluto: lo absoluto o lo absurdo. No había nada con respecto a lo cual aquella raíz no fuera absurda” (Sartre, 1982: 146). La contemplación de la raíz del árbol penetra en lo más profundo de Ronquentin y le hace patente la ausencia de fundamentos de todo lo existente.

Deguy señala que “la raíz de la existencia se da en la intuición directa de la existencia de una raíz. Signo de la falla del intelecto, la imagen triunfa, con la sensación que ella transporta”(1993: 64). Imágenes, sensaciones, sonidos, todo aquello conformará el plexo a partir de la cual Ronquentin descubrirá la ausencia de fundamentos como estructura de la existencia. La existencia, en este aspecto, no puede, por lo tanto, tampoco ser pensado como autopercepción solipsista de sí a sí. Como dijimos unas páginas atrás, la existencia es existencia en el mundo. Como luego será sistematizado en *El ser y la nada*, la existencia del para-sí entraña necesariamente, a partir del entrecruzamiento de contingencia y facticidad, la existencia del mundo. El para-sí y el en-sí, si bien son dos regiones del ser diferenciadas, no pueden ser pensados de manera aislada. “La relación entre las regiones de ser brota de una surgente primitiva, forma parte de la estructura misma de esos seres. Y nosotros la descubrimos desde nuestra primera inspección. Basta abrir los ojos e interrogar con toda ingenuidad a esa totalidad que es el hombre-en-el-mundo”(Sartre, 2008: 42).

En este sentido, lo que Sartre expresa de manera literaria a través del personaje de Ronquentin guarda un notorio paralelismo con lo expresado en sus obras filosóficas. En efecto, tanto en la novela como en *La trascendencia del ego* y en *El ser y la nada*, se hace explícito el objetivo de pensar una ontología de la contingencia que se funde en la relación originaria del hombre con el mundo. Esto implica el rechazo de “superar” lo dado en la facticidad en pos una metafísica del ser que postule la necesidad como principio articulador de lo existente.

Lo esencial es la contingencia. Quiero decir que, por definición, la existencia no es la necesidad. Existir es *estar ahí*, simplemente; los existentes aparecen, se dejan *encontrar*; pero nunca es posible *deducirlos*. Creo que hay quienes han comprendido esto. Sólo que han intentado superar esta contingencia inventando un ser necesario y causa de sí (Sartre, 1982: 148).

La cita pone de manifiesto la radicalidad del planteo sartreano. En este sentido, en una de las pocas referencias de Sartre hacia Nietzsche, Ronquentin afirma que la tesis de la voluntad de poder sólo es otra forma que adquiere la metafísica de la necesidad.

Esa abundancia no hacía el efecto de generosidad, al contrario... Era lúgubre, miserable, trabada por sí misma. Esos árboles, esos grandes cuerpos desmañados... Me eché a reír porque pensé de golpe en las primaveras formidables que se describen en los libros, llenas de cruji-dos, estallidos, eclosiones gigantescas. Había imbéciles que venían a hablar de voluntad de poder y lucha por la vida. ¿No habían mirado nunca un animal o un árbol? Hubieran querido hacerme tomar ese plátano con sus placas de peladera, esa encina medio podrida, por fuerzas jóvenes y ásperas que brotaban hacia el cielo. ¿Debería representármela como una garra voraz que rompiese la tierra para arrancarle su sustento?(Sartre, 1982: 151)

Conclusión

En *La náusea* nos encontramos con el drama de Ronquentin como teatralización patética de varias de las tesis filosóficas de Sartre. En este sentido, la apuesta sartreana por pensar una ontología de la contingencia se le aparece al personaje bajo la forma de una revelación que podríamos calificar, como dice Deguy, de “mística”. Es interesante destacar que la revelación de la contingencia originaria permanece como fundamento, y al mismo tiempo como límite, tanto de las reflexiones desarticuladas de Ronquentin como del abordaje sistemático del propio Sartre. Ronquentin está perplejo frente al descubrimiento del carácter esencial de la contingencia y sabe que la postulación de una necesidad originaria, sea cual sea esta, no es más que un invento para escapar a la ausencia de fundamentos de la existencia. Es decir, la revelación ontológica de Ronquentin se funda en un sentimiento totalizador que no puede ser superado por un acto reflexivo.

En este punto, podemos observar el rol que Sartre le da a la reflexión. Pues, si bien, el propio Ronquentin, cuando habla acerca de la palabra “Absurdo”, señala que al momento de la revelación él no pensaba en esa palabra, más aún, no pensaba en palabras, reconoce que la formula “lo esencial es el la contingencia” es una reflexión posterior a dicha revelación. Efectivamente, en este punto, se hace presente la premisa sartreana de la reflexión filosófica como un acto que debe darse sobre lo dado y que no debe traspasar los límites de la relación fáctica del hombre con el mundo. En Sartre, y el *pathos* de Ronquentin es una muestra de ello, el entrecruzamiento entre facticidad y contingencia se debe mantener como límite de la reflexión. La reflexión no debe emprender un camino teleológico hacia una unidad superadora de la contingencia, sino que debe comprender la estructura a partir de lo cual la existencia se nos revela de manera originaria, sin ir en busca de causas primeras ni causas últimas.

Referencias bibliográficas

- Coorebyter, V. (2002), "*La petite Lucienne et le jardin public: la subversion du cogito dans la nau-sée*", en Alter. *Revue de phénoménologie*, Nro. 10, Editions Alter, Paris.
- Deguy, J. (1993), *La nausée de Jean Paul Sartre*, Gallimard, Paris.
- Sartre, J. P. (1947), *El existencialismo es humanismo*, Sur, Buenos Aires.
- Sartre, J. P. (2008), *El ser y la nada*, Losada.
- Sartre, J. P. (1982), *La náusea*, Losada, Buenos Aires.